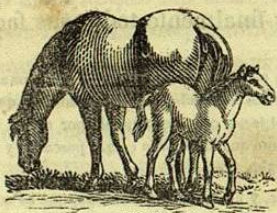


malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca yo ví su fealdad, sino su hermosura, á la cual subía de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de mas de un palmo.—A ese lunar, dijo Don Quijote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado.—Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecían allí como nacidos.—Yo lo creo, amigo, replicó Don Quijote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta y bien acabada, y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, ¿aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, era silla rasa ó sillón?—No era, respondió Sancho, sino silla á la gineta, con una cubierta de campo que vale la mitad de un reino, segun es de rica.—Y que no vieses yo todo eso, Sancho, dijo Don Quijote: ahora torno á decir, y diré mil veces, que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas que por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.



CAPÍTULO XI.

De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.

PENSATIVO ademas iba Don Quijote por su camino adelante considerando la mala burla que le habian hecho los encantadores, volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendria para volverla á su ser primero: y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo, soltó las riendas á Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenía á paecer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelamiento le volvió Sancho Panza, diciéndole:—Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: vuesa merced se reporte, y vuelva en sí y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿qué descaecimiento es este? ¿estamos aquí ó en Francia? masque se lleve Sathanas á cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y transformaciones de la tierra.—Calla, Sancho, respondió Don Quijote con voz no muy desmayada, calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza.—Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora, ¿cuál es el corazon que no llora?—Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó Don Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se estendió á turbarte la vista, ni á encubrirte su belleza: contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto he caído, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura, por-

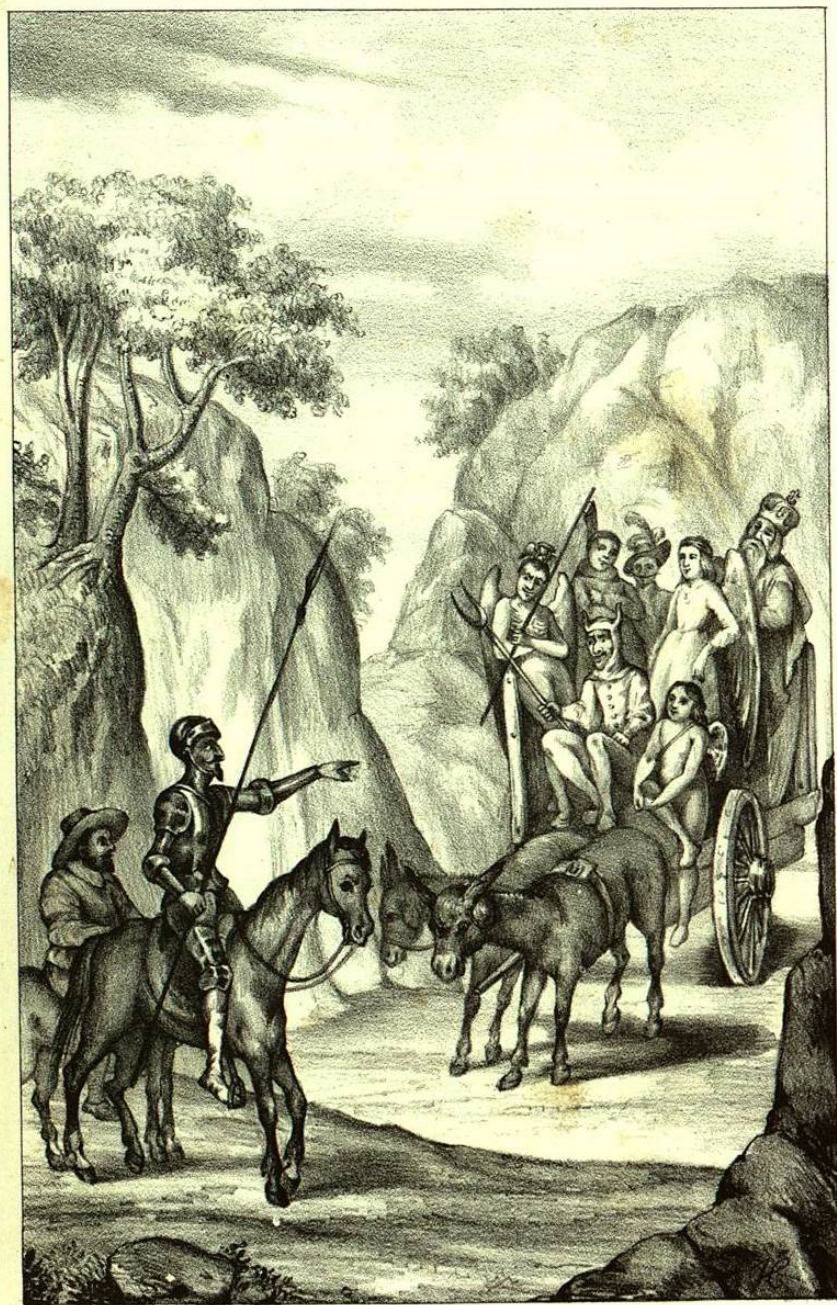
que si mal no me acuerdo, dijiste que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo que de dama: y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas: y esas perlas quítalas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes.—Todo puede ser, respondió Sancho, porque tambien me turbó á mí su hermosura, como á vuesa merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mio, mas que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza á algun gigante, ó otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea, ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Páreceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes, buscando á mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán mas que á mi padre.—Quizá, Sancho, respondió Don Quijote, no se estenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros, y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envíe, harémos la esperiencia, si la ven ó nó, mandándoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les hubiere sucedido.—Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced ha dicho, y que con ese artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos, y si es que ella á solo vuesa merced se encubre, la desgracia mas será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos, buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las tuyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades.—Responder queria Don Quijote á Sancho Panza; pero estorbósele una carreta que salió al traves del camino, cargada de los mas diversos y estraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero, era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quijote, fué la de la misma muerte con rostro humano: junto á ella venia un ángel con unas grandes y pintadas alas: al un lado estaba un emperador

con una corona, al parecer de oro, en la cabeza: á los piés de la muerte estaba el Dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcax y saetas: venia tambien un caballero armado de punta en blanco, escepto que no traía morrion ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trages y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó á Don Quijote y puso miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegró Don Quijote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora, dijo:—Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quien eres, ó do vas, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo cual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió:—Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo¹, hemos hecho en un lugar que está detras de aquella loma esta mañana, que es la octava del Córpus, el Auto de las Cortes de la muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece, y por estar tan cerca y escusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos². Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel, aquella muger que es la del autor, va de reina, el otro de soldado, aquel de emperador y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del Auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles: si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio, todo se me alcanza.—Por la fe de caballero andante, respondió Don Quijote, que así como ví este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la

¹ El mismo Cervantes da noticia de este farsante en el *Coloquio de los Perros: de lance en lance* (dice Berganza: pág. 440), *paramos en la casa de un autor de comedias, que á lo que me acuerdo se llamaba Angulo el Malo, por distinguirse de otro Angulo, no autor, sino representante el mas gracioso que entonces tuvieron, y ahora tienen las comedias.* Este autor, no solo de compañías, sino de comedias, era de Toledo.

² La representacion de estos Autos, que son un drama alegórico á los misterios de la Religion, se hacia precisamente para solemnizar la festividad del Córpus y su Octava, y era tan general, que no solo se ejecutaba en los teatros, sino separadamente delante de los Consejos de S. M. y aun del Supremo de la Santa Inquisicion. Iban los comediantes á estas representaciones en carros triunfales, de donde salian las figuras alegóricas al tablado, que se levantaba al descubierto en las calles y plazas; y por eso se significaba esta representacion con la espresion tecnicodramática de *hacer los carros*.

mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde mochacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula. Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venia vestido de bogiganga, con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vegigas de vaca hinchadas, el cual moharracho llegándose á Don Quijote, comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vegigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle Don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con mas ligereza que jamas prometieron los huesos de su notomia. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y á toda priesa fué á valerle; pero cuando á él llegó, ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozañas de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho por acudir á Don Quijote, cuando el demonio bailador de las begigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, mas que el dolor de los golpes le hizo volar por la campaña ácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caida de su amo, y no sabia á cual de las dos necesidades acudiria primero; pero en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo mas con él el amor de su señor, que el cariño de su jumento: puesto que cada vez que veia levantar las vegigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulacion llegó donde estaba Don Quijote harto mas maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante, le dijo:—Señor, el diablo se ha llevado al rucio.—¿Qué diablo? preguntó Don Quijote.—El de las vegigas, respondió Sancho.—Pues yo le cobraré, replicó Don Quijote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y oscuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del rucio.—No hay para que hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho, vuesa merced temple su cólera, que segun me parece ya el diablo ha dejado el rucio, y vuelve á la querencia: y así era



la verdad, porque habiendo caído el diablo con el rucio, por imitar á Don Quijote y á Rocinante, el diablo se fué á pié al pueblo, y el jumento se volvió á su amo.—Con todo eso, dijo Don Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo emperador.—Quítesele á vuesa merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas; sepa vuesa merced, que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los mas en sus trages y compostura parecen unos príncipes.—Pues con todo, respondió Don Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano: y diciendo esto, volvió á la carreta que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces, diciendo:—Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender como se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta y tras ella el emperador, el diablo carretero y el ángel, sin quedarse la reina ni el Dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala, esperando recibir á Don Quijote en las puntas de sus guijarros. Don Quijote que los vió puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados, con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadron, le dijo:—Asaz de locura seria intentar tal empresa: considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo¹ y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce: y tambien se ha de considerar, que es mas temeridad que valentía, acometer un hombre solo á un ejército donde está la muerte y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles: y si esta consideracion no

¹ Metafórica y vulgarmente se llamaban así las piedras ó cantos, como asimismo *tentebonete*, y *lágrimas de Moysen*. En la comedia *Selvagia* (fól. 13) dice el criado Carduel: ¡Ay! no nos envíen por colacion algunas lágrimas de Moysen ú sopas de arroyo.

le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto, que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante.—Ahora sí, dijo Don Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á tí, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables.—No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto mas que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida.—Pues esa es tu determinacion, replicó Don Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su escuadron volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viage, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no menos suspension que la pasada.



CAPÍTULO XII.

De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos.

LA noche que siguió al dia del rencuentro de la muerte, la pasaron Don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombreros árboles, habiendo á persuasion de Sancho comido Don Quijote de lo que venia en el repuesto del rucio, y entre la cena dijo Sancho á su señor:—Señor, qué tonto hubiera andado yo, si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto, mas vale pájaro en mano, que buitre volando.—Todavía, respondió Don Quijote, si tú, Sancho, me dejaras acometer, como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo menos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos.—Nunca los cetros y coronas de los emperadores farzantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel ó hoja de lata.—Así es verdad, replicó Don Quijote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mesmo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime, ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontifices, caballeros, damas y otros diversos personajes? uno hace el rufian, otro el embustero, éste el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y aca-